

Cuando acaba *José*, el 4-1-1943, percibe que ha consumado «un monumento del arte, el pensamiento y la obstinación». Thomas Mann preparó la tetralogía bíblica mientras el mundo se preparaba para el fascismo y ambos acaban a la vez. Como posludio, redacta su cuento *La Ley*, obra de posguerra. La derrota alemana lo impulsa a *Doktor Faustus*, proyecto que data de 1905 y para el que sólo se siente capaz en la vejez. Esta novela le permite dividir su vida en dos grandes etapas: la de las «novelas de artista» y la del humanismo: hasta sus 36 años y desde entonces a la setentina. Thomas Mann se ve como el doble personaje de Stevenson, doctor Jekyll y mister Hyde, mitades de un pacto diabólico que desemboca en el *Fausto*. Una experiencia de terror y angustia: la saga que convierte la patología en fábula. El arte es una medicina espiritual, que eleva lo particular a universal. Los diarios muestran este doble nivel, tan típico de una personalidad esquizoide, siempre partida en oposiciones binarias que buscan el tercer término de la síntesis. Hay la cotidianeidad y la obra, que es la sublimación paródica de lo cotidiano, justamente. La vida es instante y dispersión; sólo la obra le da continuidad y forma, o sea razón. Si el fin está próximo, una obra más aleja la muerte, como el cuento nocturno de Scheherazada. Diez años antes del último día, de la última página, Thomas Mann intuye que será un *capriccio épico*, las confesiones del estafador, acaso porque todo artista es un farsante que se confidencia.

*Doktor Faustus* es el primer libro que se le aparece imposible o, al menos, penoso de elaborar. El cáncer, la operación, el derrumbe de la Alemania nazi, de Alemania *tout court*, enfatizan tal penuria. A menudo Thomas Mann confiesa lo insoportable del cometido. Adrián, el personaje que más quiere entre todos los suyos, es un fascista y un homosexual subterráneo, todo su propio subsuelo siniestro.

El 25-11-1950, cuando acaba *El elegido*, al que ha sumado también *Carlota en Weimar* y *Las cabezas cambiadas*, se queda sin proyectos y considera que su obra está acabada. Lo salva otro proyecto de juventud: *Félix Krull*. Entonces se le revela un elemento esencial de su vida: la *Sehnsucht*, la búsqueda de algo al fin «visible», la nostalgia y el anhelo. Una ética de la disimulación que parte de Schopenhauer, de lo velado y engañoso de la vida, algo que le ha permitido hacer su obra en el alejamiento y el apartamiento de los hombres concretos.

A la torrentera de escritura que lo acompaña conviene sumar la de su epistolario. El registro de sus cartas (1987) ocupa cinco tomos. En principio se pensó que sólo había escrito 20.000 piezas, de las cuales Hans Bürgin y Hans-Otto Mayer ficharon 14.000 en 1977, pero Yvonne Schmindlin, descifradora actual de las libretas, eleva la suma a 67.500, de las cuales 30.000 son manuscritas y el resto, dictadas, en su mayoría a Katia, su mujer.

Alguna cifra más permite advertir que, junto con Kafka, Thomas Mann es el escritor más leído de la posguerra germánica. Johannes Werner, respecto a *Doktor Faustus*, contabiliza 450 entradas entre 1953 y 1968, lo cual rellena 30.000 páginas. Una bibliografía ilegible, a la que se añade, modestamente, este artículo. Rudolf Wolff, de 1947 a 1983, cuenta 1.000 entradas y 70.000 páginas, entre las del autor, secundarias del mismo y corresponsales/comentaristas. Una población de Scheherazadas.

## Heim

Thomas Mann salió de Munich en 1933, vivió en Zürich hasta 1938, cuando se instaló en Princeton y, a partir de 1941, en Pacific Palisades, en California. Como los diarios, la casa le valió de elemento identificatorio, constancia de los objetos y de su reparto espacial. Rescató muebles, cosas decorativas y libros. En todo lugar, los volvió a reordenar como siempre. Cada tanto, sus casas presentaban un aspecto penoso: eran las víctimas de una mudanza. Durante días o semanas faltaban utensilios, las paredes estaban desnudas, no había un tocadiscos con el cual celebrar el cotidiano viaje al «otro lado» de la vida, o, quizás, al lado auténtico de la vida.

El 14-5-1945 su hijo Klaus le telegrafía con la noticia de que la casa de Munich había sido destruida en un bombardeo. En 1946 Thomas Mann piensa en reconstruirla. Pero la nostalgia constante lo puede: volverá a Suiza. No tanto por razones prácticas (en Suiza no hay macartismo ni llegará la posible tercera guerra mundial) sino por acordar el destino con la biografía: le gustaría morir en Suiza, en la Suiza germana, que es como una Alemania donde no ocurrió en nazismo.

A esta nostalgia del *Heim* (lugar familiar donde quisiera terminar) se une la doble extrañeza que siempre le produjeron los Estados Unidos. De movida, por ser un «país que no es ningún país» (22-5-1943). Es una colonia cuya única rectificación sería volver a integrarse con Inglaterra, como Canadá. No hay en ella debate político, sino corrupción, politiquería y gangsterismo, cualidades salvajes que no alcanza a compensar el desarrollo técnico.

No creo en este país, hace mucho que ya no creo en él. Está minado, paralizado, lleno de azar, como el resto de la llamada civilización. Es posible que ya no nos brinde ninguna seguridad. Hablamos a menudo de la total ruptura... (16-6-1940).

Las alternativas son, en cualquier caso, peores: México, Cuba. Le ofrecen un viaje de conferencias a Sudamérica y lo rechaza. Allí está la tierra de su madre, que evita conocer, tocar. Quedan lugares increíbles, como la China. Luego, la presión xenófoba y su secuela de posguerra, el macar-

tismo, acaban de enrarecer la atmósfera norteamericana. Acusaciones de comunismo, de judaísmo, el mero hecho de ser extranjero y europeo, lo señalan como corresponsable de una guerra en la que los Estados Unidos deben intervenir por culpas ajenas. La excepción es Roosevelt. A su muerte, anota el 16-4-1945: «Termina una época. Esta América ya no será aquella a la cual llegamos. La amistosa acogida oficial ha de faltar. También desaparecerán Wallace, Mac Leish, Biddle».

A fines de 1946, el macartismo se pone en marcha. La Biblioteca del Congreso es investigada como nido de comunistas. En 1947 se expulsa al músico Hans Eisler. En septiembre de 1948, la publicación de *Doktor Faustus* es recibida con críticas adversas. En 1949 Dean Acheson promete «limpiar de rojos» el Departamento de Estado. En el mes de junio se abre una investigación sobre Thomas Mann y éste imagina marcharse del país. En julio de 1950 la idea de reinstalarse en Suiza se refuerza. Los amigos que lo acompañan en el exilio forman una Alemania irreal, una Alemania sin Hitler, sin división, sin ocupación militar de posguerra. Son la «ninguna parte» de la casa trashumante. Lo mejor es llevar toda la barraca a Zürich.

## Más apuntes

Thomas Mann (se nos olvidaba) mantuvo, aparte de sus diarios, catorce libretas de apuntes entre 1893 y 1937, con un apéndice de 1947. Las que se llevan publicadas son la primera media docena y llegan hasta 1906. Contienen anotaciones utilitarias, citas, apuntes para sus obras en curso. Vale la pena recorrerlas para encontrar algunas líneas que se reiteran en los diarios y que suplen la ausencia de los que fueron quemados en su momento.

Tempranamente, Thomas Mann se define por su vocación. Es y será un escritor, aunque, al empezar los apuntes, no tenga escrito ningún libro. Lo importante —reflexiona— no es tener un destino bueno o malo, sino «un lugar definido en el mundo», saber cuál es la jugada decisiva en el juego de la existencia y jugar a ella: una lógica romántica del azar. Ya en 1896 lee los diarios de Platen que, como hemos visto, serán una relectura senil y, a fines de 1898, escribe el poema «Monólogo», de modestos alcances literarios, quizá subrayados por la traducción, pero que merece la pena transcribir, porque es un autorretrato alegórico perdurable:

Soy un infante pueril y débil  
y sin rumbo gira mi espíritu  
y, vacilante, estrecho cualquier mano firme.  
Y, a pesar de ello, en el fondo tengo esperanza  
de que todo lo que pienso y siento  
gloriosamente pase de boca en boca.

Ya suena dulcemente un nombre en el país,  
al azar, ya muchos me nombran:  
otros, con juicio y entendimiento.  
A menudo sueño con una tenue corona de laurel  
y me despierto en la inquieta noche;  
una corona que quiere ceñir mi frente como pago  
de lo bueno que haga.  
(«Bueno» sustituye a «bello», que está tachado).

En la reflexión sobre el par montaña/mar, que luego será convertido en montaña/llanura, en *La montaña mágica*, la elección por la altura se liga al lugar imaginario eminente que ya se concede el ambicioso poeta de «Monólogo». La montaña es símbolo de lo alto, tormentoso, extraordinario, aislado: desde ella se tienen puntos de vista elevados y lejanos sobre lo que está abajo. El mar, en cambio, es gregario, chato, insistente como lo cotidiano y con perspectivas igualitarias.

También se advierten las raíces de su dualismo, de su lógica binaria y la utopía de la síntesis. Para ello, se cuenta con su nombre de elección, Thomas (tiene varios pero escoge éste). En arameo, Thomas significa «gemelo». Es uno y el otro, acaso son Caín y Abel, o Jacob y Esaú. Es el griego Dydimos. En *Buddenbrooks*, el adolescente que puede ser autobiográfico se denomina Hanno, Jano, el dios bifronte. Tomado de Schopenhauer, el joven Thomas Mann desarrolla un dualismo sexual: carácter paterno e intelecto materno. El matrimonio ideal reúne al varón más noble de ánimo y a la mujer más espiritual y astuta. Goethe exclama: «¡Duplicate y reza!» y Nietzsche aporta la observación acerca de las mujeres con inclinaciones intelectuales, que tienen algo de varonil y son sexualmente desordenadas. Nietzsche contaba con el ejemplo cercano de Lou Salomé, pero diseña un retrato bisexual. Quizás, el joven Thomas Mann anota estas reflexiones porque su imaginario también lo es: una mujer con desórdenes sexuales (controladísimos, eso sí) que se cree varón. En cualquier caso, lo definitorio del varón es la esterilidad, así como, de la mujer, la fecundidad. De algún modo, lo opuesto a Schopenhauer. De todas maneras, apostilla de nuevo Nietzsche, gracias al *Unterleib* (las bajuras del cuerpo, enfatizamos: las bajezas) el ser humano se libra de considerarse divino.

Otro dualismo es cultural pero, en Thomas Mann, simbólicamente sexual. Su destino «geográfico» en el mapa espiritual de Alemania es ir desde el arriba nórdico (Lübeck, ciudad natal) al abajo sureño (Munich, la ciudad de emigración). El protestantismo literario y el visual catolicismo, la Hansa y Baviera.

El espíritu, en oposición al arte y a la vida, es, por naturaleza, nihilista. Quiere la nada, que deviene paz y pureza. Una llama inquieta que, liberada, lo destroza todo